

EL CARDENAL MERCIER Y LA RESTAURACION DE LA FILOSOFIA TOMISTA

El 21 de noviembre de 1951 se cumplieron los cien años del nacimiento del Cardenal Desiderio Mercier. Deseoso de enaltecer la memoria de quien había sido su fundador, el Instituto Superior de Filosofía de Lovaina organizó con este motivo en su homenaje una serie de brillantes actos académicos y funciones conmemorativas. Además de la más alta y nutrida representación nacional, Lovaina vió sumarse al homenaje a una cincuentena de delegados de diferentes países de Europa, América y Asia. El Centenario tuvo también sus ecos en diversas partes del mundo, donde muchas voces se alzaron en centros académicos y revistas para exaltar la figura y los méritos científicos del gran Arzobispo de Malinas.

Entre lo mucho que con este motivo se escribió destaca un estudio histórico de Mons. L. de Raeymaeker (1), consagrado a reconstruir la actividad de Mercier en torno a la creación del Instituto Superior de Filosofía de Lovaina.

Por la singular autoridad del autor, actual Director del Instituto; por la ponderación y objetividad de la narración y, sobre todo, por la riqueza de documentos, algunos de ellos desconocidos hasta ahora, sobre que se funda, el estudio constituye una fuente de gran interés para conocer con precisión esta faceta de la vida de Mercier. Por otra parte, aunque es el Instituto Superior el tema central del libro, a lo largo de sus páginas se nos narra algo que desborda en buena parte este tema concreto, a saber, toda la peculiar contribución de Mercier a la empresa gigantesca, entonces puesta en marcha por León XIII, de la restauración de la filosofía tomista.

Esto nos ofrece la ocasión de sumarnos también nosotros—aunque nuestra Revista haya nacido casi dos años más tarde—al homenaje al Card. Mercier en el Centenario de su nacimiento. Porque nada nos puede interesar tanto en él como sus trabajos, sus directrices, sus ideas para la restauración y difusión de la filosofía tomista, tanto más cuanto que es ésta, sin duda, la obra de más trascendencia de su fecunda vida y una de

(1) L. DE RAEYMAEKER, *Président de L'Institut Supérieur de Philosophie, Le cardinal Mercier et L'Institut Supérieur de Philosophie de Louvain*. Louvain, Publications Universitaires de Louvain, 1952. 275 págs.

las facetas más salientes de su rica personalidad. A la luz de los datos aportados por Mons. De Raeymaeker vamos simplemente a enumerar las gestas más destacadas de su actividad de restaurador y a tratar de definir de modo coherente y encuadrado en su tiempo, pero sin aventurar juicio alguno valorativo, la concepción que presidió toda su actuación en este campo.

Sabido es que fué a fines del siglo XVIII cuando la filosofía escolástica comenzó a recobrar nuevo vigor, después de varios siglos de profunda decadencia, durante los cuales incluso en las escuelas oficiales de la Iglesia se enseñaba el cartesianismo, el ontologismo o el tradicionalismo. El renacimiento se manifestó principalmente en Italia, pero trajo sus orígenes de España, donde la escolástica no había perdido nunca plenamente su vitalidad. Le dieron incremento, con su enseñanza y con sus obras, hombres de singular talento como Taparelli, Liberatore, Sanseverino, Kleutgen, Zigliara, Ceferino González, etc.

Pío IX y el Concilio Vaticano apoyaron ya este movimiento. Pero quien le prestó el decisivo impulso fué el gran Pontífice León XIII, particularmente con su Carta Encíclica *Æterni Patris* del 4 de agosto de 1879. Por este documento el renacimiento de la escolástica, y particularmente del tomismo, no sólo recibía la sanción oficial de la Iglesia, sino que quedaba definido con precisión en su razón de ser, en sus condiciones y en los cauces por donde debía desarrollarse. León XIII expone en la Encíclica la grande importancia que la filosofía tiene para la salvaguarda de la fe; la corrupción en que se encuentra sumida la filosofía moderna; el valor grande de la filosofía antigua elaborada por los escolásticos, particularmente por Santo Tomás; la necesidad urgente de restaurar esta filosofía y las directrices generales de esta restauración. Inmediatamente, con criterio perfectamente definido y con mano enérgica, León XIII da comienzo a la realización de la obra proyectada.

En el mismo año funda la Academia Romana de Santo Tomás con el fin de "exponer y comentar las obras del Doctor Angélico, explicar sus doctrinas y cotejarlas con las opiniones de los demás filósofos".

Tres años más tarde pone sus ojos en la Universidad Católica de Lovaina, de gloriosa historia y conocidos méritos precisamente en el estudio de Santo Tomás. Por Breve del 25 de diciembre de 1880 encomienda al Card. Deschamps, Arzobispo de Malinas, la fundación en Lovaina de una Cátedra especial para la exposición de la doctrina de Santo Tomás. A juzgar por el texto del Breve (2), León XIII concede gran importancia estratégica a esta fundación establecida precisamente en aquel país, encrucijada de todas las corrientes doctrinales, campo de ilimitadas libertades publicitarias, bastión entonces del naturalismo y del materialismo. A tono con este ambiente, el Pontífice esboza el programa de la Cátedra: "Las Escuelas Católicas han comenzado a acercarse a esta doctrina (la filosofía de Santo Tomás) tratando de ponerla en armonía con los descubri-

(2) L. DE RAEYMAEKER, *ob. c.*, p. 231.

mientos modernos, científica y debidamente establecidos. Este es el único modo verdadero y apto de hacer filosofía que Nos quisiéramos ver seguido por todos..."

Es aquí donde Dios puso a disposición de León XIII a aquel hombre que había de ser el brazo derecho de su empresa restauradora. Mercier iniciaba entonces su carrera de profesor enseñando lógica y psicología en el Seminario de Malinas. Al fundarse en Lovaina el *Course de Haute Philosophie de Saint Thomas* es él el encargado de regentarlo. Marcha, ante todo, a Roma para enterarse directamente de los deseos del Pontífice, y vuelve poseído de su misma visión clara de la obra a realizar y de su energía indomable para llevarla a cabo. A partir de 1882, Mercier va exponiendo en sus cursos la psicología, la teoría del conocimiento, la moral, la cosmología de Santo Tomás. Era tal la claridad, el sentido auténticamente filosófico, la modernidad y la persuasión que ponía en sus explicaciones, que desde el primer momento suscitó en los medios universitarios el más vivo interés y atrajo a los escaños de su aula a centenares de estudiantes, en su mayor parte seculares. En 1885 obtiene la creación de los grados de Licenciatura y Doctorado en Filosofía de Santo Tomás. En 1888 funda la *Société de Philosophie de Louvain*, que agrupará en torno a la Cátedra a sus exalumnos más distinguidos, manteniendo en ellos viva la preocupación por la filosofía tomista.

El éxito de los cursos es tan rápido y rotundo que León XIII pronto ve llegado el momento de dar un paso más, y en 1889, vencidas diversas dificultades, crea el *Institut Supérieur de Philosophie*, cuya organización y dirección es encomendada a Mercier. El joven restaurador pone manos a la obra. Y lo hace con tan ambiciosos planes, con criterio tan firme e independiente, que en torno suyo ve nacer una enconada oposición, nacida de los prejuicios antifilosóficos del ambiente, de la incompreensión y de los intereses particulares de la Universidad, del resentimiento de algún colega, e, incluso, de Roma, donde sus enemigos trabajan intensamente por crearle un ambiente desfavorable. El Instituto adquiere enseguida, a pesar de todas las dificultades, consistencia y prestigio. Comienza a actuar regularmente en el curso 1890-91 con media docena de profesores y un programa provisional donde alternan los estudios de filosofía con los de ciencias biológicas, físicas, históricas y filológicas. Al mismo tiempo, Mercier escribe abundantes artículos en revistas, bien exponiendo los principios de un renacimiento tomista, bien apuntando los triunfos de la restauración, o bien exhibiendo ejemplos concretos de neotomismo en trabajos donde se ensaya la aproximación de la filosofía y de las ciencias biológicas y psicológicas o en que se hacen agudas críticas de los sistemas modernos desde el campo del tomismo. Simultáneamente inicia también la publicación de su *Cours de philosophie* con la *Psychologie* (1892), la *Logique* (1894) y la *Métaphysique générale* (1894). En 1892, para facilitar el acceso de los estudiantes eclesiásticos al Instituto, se funda al lado de éste y bajo la rectoría de Mercier el Seminario León XIII. En 1893, como órgano de la Sociedad de Filosofía, Mercier

funda la *Revue Néo-Scholastique de Philosophie*, que será instrumento poderoso de su empresa restauradora, a la que prestará eficacia, amplitud y resonancia internacionales. En 1894 se inauguran los nuevos y flamantes edificios creados de nueva planta por Mercier para albergar las distintas secciones del Instituto y del Seminario León XIII.

Sin embargo, aun tiene Mercier que enfrentarse con una dura crisis producida por la discusión en torno a puntos importantes de su programa. Sus enemigos le acusaron a Roma de dar excesiva importancia a las ciencias y de dictar sus cursos en francés. Los Estatutos firmados en julio de 1895 por el Card. Mazzella, Prefecto de la Sagrada Congregación de Estudios, condescendían parcialmente en lo de las ciencias, pero imponían terminantemente el uso del latín. Esto significó la desbandada general de los estudiantes seculares. En las aulas del Instituto acabó por no verse más que a los alumnos del Seminario León XIII. La solución no se hace, sin embargo, esperar. El Card. Satolli sustituye en 1897 al Card. Mazzella. El nuevo Prefecto ha leído las obras de Mercier y tiene de él una alta estima. Con todo el peso de su autoridad aprueba los proyectos del Director del Instituto y da al famoso artículo 15 de los Estatutos, referente a la lengua, una amplia interpretación que lo desvirtúa por completo. El mismo León XIII aprobó expresamente "la enseñanza en francés", y en 1900, ante una peregrinación belga en que había profesores del Instituto, pronuncia un cálido elogio del centro dirigido por Mercier, al que llama "mi Instituto".

Mercier continúa mientras tanto su actividad científica. Escribe artículos y redacta sus dos obras más importantes: *Les origines de la Psychologie contemporaine* (1897) y la *Criteriologie générale ou Théorie générale de la certitude* (1899). Rodeado de colaboradores tales como Nys, De Wulf, Thiéry y Deploige, que participan de su mismo espíritu científico, y acrecentado el número de estudiantes seculares y eclesiásticos procedentes de diversas naciones, muchos de los cuales se constituyen luego en ardientes propagadores de sus mismas directrices, Mercier miraba con confianza el porvenir de su obra cuando en 1906 hubo de abandonar la dirección inmediata del Instituto para ocupar la silla episcopal de Malinas. Desde esa fecha no le quedará ya tiempo para dedicarse a los trabajos puramente científicos. Pero en sus altos puestos de Arzobispo y de Cardenal sentirá todavía honda preocupación por la restauración de la filosofía, a la que no cesará de prestar su poderoso apoyo.

Pero el éxito y la trascendencia de la obra de Mercier no se deben tanto a su actividad infatigable y enérgica, sostenida durante cerca de treinta años, con unas dotes excepcionales de proselitista y de organizador, cuanto a la audaz y realista concepción que desde el primer momento se formó de lo que debía ser una restauración de la filosofía tomista. Trátemos de señalar los rasgos característicos de esta concepción.

Por de pronto, Mercier fué de los pocos hombres que en el ambiente positivista de su país y de su tiempo comprendió al instante, en toda su extensión, la oportunidad genial, la significación y el alcance de la En-

cíclica *Æterni Patris* (3). Mientras en los mismos medios universitarios y católicos en que hubo de moverse se consideraba la urgente llamada de León XIII hacia la filosofía de Santo Tomás como un tanto utópica y anacrónica, Mercier vió desde el primer momento en esta filosofía la clave para contener la creciente desintegración del saber humano y para devolver a la ciencia cristiana su antiguo equilibrio integrador y su solidez racional. Desde su discurso de inauguración del *Cours de Haute Philosophie de Saint Thomas*, Mercier presenta el tomismo como el sistema que asocia en maravilloso equilibrio y armonía “la fe y la razón, la observación y la especulación, el análisis y la síntesis” (4). “A través del perpetuo derrumbamiento de sistemas—dirá más tarde—a que asistimos desde hace siglos, sólo la filosofía de Santo Tomás ha sabido conservar la estabilidad de sus primeros fundamentos y se encuentra que aun hoy es bastante firme para servir de base y de principio de unidad a los últimos descubrimientos de las ciencias modernas.” (5).

Convencido de esto, y bajo la dirección del Pontífice, empeñó todo su esfuerzo en devolver a la filosofía tomista el puesto que en justicia le corresponde en un mundo intelectual reintegrado a sus legítimos cauces. De momento, esta filosofía llevaba una vida de catacumba refugiada en algún que otro claustro de convento o de estudio eclesiástico. Este arrinconamiento, que constituyó siempre para su espíritu la más grave de las pesadillas, lo atribuye principalmente Mercier a dos prejuicios existentes en el mundo moderno en contra de la filosofía escolástica. Prejuicio de dogmatismo: sería una filosofía al servicio de una fe religiosa; prejuicio de arcaísmo: sería un conjunto de doctrinas medievales, expuestas en lengua muerta, del todo desconectadas de las preocupaciones y de los progresos científicos de hoy. (6).

Toda la actividad filosófica de Mercier se puede considerar como una lucha tenaz por quebrantar ambos prejuicios y lanzar de nuevo el tomismo al ancho campo del mundo intelectual contemporáneo.

Frente a la acusación de dogmatismo proclama la autonomía que en la Iglesia se concede a la filosofía. “La filosofía—dice—tiene una existencia propia, formalmente independiente de toda autoridad.” (7). Y en consecuencia invita insistentemente a los hombres de ciencia católicos a consagrarse ante todo a una investigación rigurosamente racional, que busque la verdad filosófica y científica por ellas mismas, sin impaciencias apologeticas, hasta llegar a elaborar un sistema de filosofía pura plena-

(3) Poco antes que él otro esclarecido sacerdote belga, Van Weddingen, había comprendido también admirablemente la significación de la Encíclica y le había dedicado un luminoso comentario que le mereció una carta elogiosa del Pontífice. Mercier citará con frecuencia párrafos enteros de este comentario.

(4) L. DE RAEYMAEKER, *ob. c.*, pp. 49-50. Cfr. *ibid.* p. 174; D. MERCIER, *Logique*, Louvain, Institut. Super. de Philos., 1905, p. 53 ss.

(5) D. MERCIER, *ob. c.*, p. 52.

(6) Así lo expone Mercier en el breve artículo de presentación de su Revista: *La philosophie Néo-Scholastique*, en *Rev. Néo-Scol.*, I, 1894, p. 15 ss.

(7) D. MERCIER, *ob. c.*, p. 34.

mente asentado sobre bases racionales, capaz de dialogar con otros sistemas en su lenguaje propio, en el lenguaje específico, de la filosofía. (8). Esto no es únicamente la mejor apologética, la única apologética adecuada a los espíritus de hoy; es incluso una exigencia de nuestra fe que nos manda amar por encima de todo la verdad. La fe nos dice también que ninguna verdad natural puede contradecir la verdad revelada. Consiguientemente, una doctrina racional tiene tantas menos probabilidades de oponerse a la fe cuanto tiene más probabilidades de ser verdad, y por lo tanto, cuanto está buscada con un espíritu más rigurosamente científico y desinteresado. Por eso—proclama Mercier con una valentía y una firmeza admirables—no hay nada que oponer a la pura ciencia en nombre de la fe. “Quien tiene miedo de lo desconocido menosprecia su fe.” (9). “Renunciemos por las buenas y para siempre a la historia, a las ciencias, a la filosofía si no tenemos la seguridad de que la Revelación es bastante verdadera para no tener nada que temer de los conflictos y de las complicaciones de las opiniones humanas.” (10). Y en diversas ocasiones, con palabras de una elevación extraordinaria, conjura a los hombres de ciencia a que no encuentren en su fe un pretexto que cohiba su búsqueda desinteresada de la verdad natural (11).

Frente a la acusación de arcaísmo, Mercier hace esfuerzos gigantescos por presentar una filosofía tomista remozada, despojada de toda adherencia verdaderamente arcaica, hablando un lenguaje moderno, integradora de toda nueva verdad y al tanto de todas las inquietudes de los nuevos tiempos: un neo-tomismo y una neo-escolástica.

Ante todo recalca que el tomismo no consiste en la sumisión a la autoridad de un hombre, por grande que éste sea. En el discurso de inauguración del Curso de Alta Filosofía de Santo Tomás arriba citado, se apresura a recordar que *locus ab auctoritate infirmissimus* (12), y al frente de la *Revue Néo-Scholastique* subraya que si pretendiéramos erigir una filosofía sobre una autoridad, aunque fuera la de Santo Tomás, el Santo mismo sería el primero en condenarnos (13).

(8) “Former des hon.es, en plus grand nombre, qui se vouent à la science pour elle-même, sans but professionnel, sans but apologétique, qui travaillent de première main à façonner les matériaux de l’édifice scientifique et contribuent ainsi à son élévation progressive; se créer les ressources que ce travail réclame, tel est le double but auquel doivent tendre les efforts de ceux qui se préoccupent du prestige de l’Eglise dans le monde et de l’efficacité de son action sur les âmes.” *La Philosophie Néo-Scholastique*, en *Rev. Néo-Scol.*, I, 1894, p. 13.

(9) “C’est tout juste parce que notre foi nous donne l’assurance qu’elle ne sera jamais avec conflit avec la raison, que nous sommes toujours tranquilles dans la recherche de la vérité. Le chrétien qui a peur de l’inconnu méconnaît sa foi. Jamais, ni un fait, ni une expérience, ni un témoignage, quels qu’ils soient n’ébranleront la certitude du croyant qui sait à quoi sa foi l’engage.” *Ibid.*, p. 13.

(10) *Rapport sur les études supérieures de Philosophie présenté au Congrès de Malines le 9 septembre 1891*, Louvain, 1892, pp. 12-13. Cit. por L. DE RAEYMAEKER, *ob. c.*, p. 79.

(11) L. DE RAEYMAEKER, *ob. c.*, pp. 77-79.

(12) *Ibid.*, p. 49.

(13) *La Philosophie Néo-Scholastique*, en *Rev. Néo-Scol.*, I, 1894, p. 15.

Tampoco significa el tomismo la defensa de ninguna doctrina manifiestamente caducada. En este punto, León XIII había ya hablado con claridad en la Encíclica *Æterni Patris*: "Si se encontrara algún punto de los doctores escolásticos, o investigado con demasiada sutileza, o enseñado con poca madurez; si alguna cosa resultase menos conforme con las doctrinas dadas a luz en época posterior, o de cualquier otro modo improbable, eso no es en modo alguno nuestro ánimo proponerlo a nuestra época como digno de imitación."

La adopción del espíritu científico y de las doctrinas de Santo Tomás responde únicamente a un sentido de continuidad con los grandes genios de la humanidad, entre los cuales descuella el Angélico, quien, por su parte, recogió todas las doctrinas válidas de sus predecesores (14). Y, en definitiva, se funda en el hecho de que, por encima de toda conotación temporal, la filosofía de Santo Tomás se impone a nuestra razón cuando la examinamos con el espíritu libre de prejuicios. Y "cuando, después de maduro examen, se llega a la convicción de que una doctrina representa el esfuerzo más poderoso del pensamiento, la solución más aproximada de los problemas primordiales del espíritu, es un deber adherirse a ella, so pena de traicionar la verdad" (15).

Siendo una filosofía de siempre, el tomismo es una filosofía de hoy y debe hablarse, por lo tanto, en una lengua del día. La filosofía vive en la sociedad humana por medio de las palabras que la expresan. Por consiguiente, una filosofía expresada en lengua muerta es prácticamente una filosofía muerta. Mercier reconoce que en los medios eclesiásticos debe conservarse el latín, y así lo exigió él en su Seminario mientras fué arzobispo de Malinas, porque en ese medio el latín es, en cierto modo, una lengua viva. Pero para que el tomismo, rebasando los muros de los seminarios, viva en el gran mundo del pensamiento moderno hay que exponerlo en una lengua moderna. "Para que nuestro pensamiento llame la atención del mundo que nos rodea hablemos su lengua. ¡Qué de tesoros yacen ocultos en los voluminosos tratados escritos en latín! Que se lo lamenta o no, el hecho es que nuestro tiempo ha perdido el gusto del latín como lengua científica. Por ello mismo, escribir filosofía en latín es renunciar deliberadamente a hacerse comprender por la mayor parte de nuestros contemporáneos..." (16). Mercier prestó a este problema gran atención. Ya vimos lo que le costó mantener el francés en las clases del Instituto. En 1898 inició en la *Revue Néo-Scholastique* una sección lexicográfica ordenada a precisar la equivalencia de los términos escolásticos latinos en francés, y él fué de los primeros que, pasando a los hechos, redactaron un texto completo de filosofía escolástica en lengua moderna.

Pero sobre todo era necesario remozar el tomismo en su contenido doctrinal.

(14) D. MERCIER, *Logique*, Louvain, 1905, p. 55.

(15) *La Philosophie Néo-Scholastique*, en *Rev. Néo-Scol.*, I, 1894, p. 14.

(16) *Le bilan philosophique du dix-neuvième siècle*, en *Rev. Néo-Scol.*, 1900, página 327.

A Mercier le tocó vivir en plena hegemonía del positivismo. Como él mismo explica, los grandes éxitos obtenidos en el campo de las ciencias llevaron a hacer pensar que el método positivo, que niega todo principio racional y sólo admite el conocimiento directo de los hechos, era el único válido (17) y sus descubrimientos sensoriales hicieron creer que en definitiva por ese camino se llegaría a dar solución a todos los problemas (18). Tanto más cuanto que la filosofía escolástica durante varios siglos ignoró la investigación científica y “se mantuvo al margen de todo pensamiento viviente, atrayendo sobre sí un descrédito del que aun hoy le cuesta mucho redimirse” (19). Ese descrédito cuajó efectivamente en un agnosticismo filosófico profundamente arraigado en el pensamiento contemporáneo.

¡Hay que volver a las ciencias! Fué la gran consigna de Mercier y el sello característico de toda su actividad científica. Volver a las ciencias para deshacer un sinfín de errores y mentiras que se enarbolan contra la fe en nombre del progreso científico; para restablecer el prestigio perdido en ese campo; pero, sobre todo, porque lo exige la condición misma de una filosofía de la naturaleza que sea verdaderamente tal. La filosofía es una visión sintética que presupone un minucioso trabajo de análisis; es un estudio de las cosas por sus causas más generales y elevadas, que no se concibe sin un conocimiento previo de las causas particulares e inmediatas. El conocimiento humano comienza en los sentidos y no puede haber especulación sobre la naturaleza que no se apoye en la observación. San Alberto y Santo Tomás, que así lo enseñaron, recurrieron a todos los medios de observación a su alcance. Sería imperdonable que nosotros no hiciéramos otro tanto, recurriendo a los medios que nos ofrece la moderna técnica de experimentación, que nos permite fijar los hechos con mucha más precisión y claridad.

Y no basta para esto que el filósofo recoja de un modo somero los datos de segunda mano que el sabio le proporciona. Quien quiera construir una filosofía verdaderamente apoyada sobre la ciencia es necesario, según Mercier, que por sí mismo haya “puesto las manos en la masa”, que él mismo se haya dedicado a la investigación científica, pues sólo así se formará una idea exacta de los principios, de los métodos y de los resultados de la ciencia (20).

Por eso para Mercier un centro de estudios filosóficos debía ser conjuntamente un centro de investigación científica. Esta fué la idea que presidió la organización del Instituto de Filosofía, donde al lado de una rica biblioteca filosófica se instaló la biblioteca científica y espléndidos laboratorios de investigación en las ciencias biológicas y psicológicas.

(17) *Ibid.* p. 19.

(18) D. MERCIER, *Logique*. Louvain, 1905, pp. 5-7.

(19) *Le bilan philosophique...*, p. 325.

(20) L. DE RAEYMAEKER, *ob. c.*, pp. 118, 104-106.

“Cada rama de la filosofía debe ir—afirma consiguientemente Mercier—apoyada sobre la correspondiente rama de ciencias de análisis. La cosmología, en las ciencias físicas y matemáticas; la psicología, en las ciencias naturales; la filosofía moral, en fin, en las ciencias morales y, más especialmente, en las ciencias sociales, económicas y políticas” (21).

Y no olvida las ciencias históricas—ya entonces en vías de desenvolvimiento—que se han de aplicar a estudiar el origen de las doctrinas, su formación y proceso evolutivo. El programa que anuncia para la *Revue Néo-Scolastique* da idea del carácter y de la amplitud de su preocupación científica. “Procurará (la Revista) interesarse por las ciencias físicas, biológicas, políticas y sociales, considerándolas objetivamente y en su evolución histórica; estará atenta a las síntesis que estas ciencias preparan acercándolas a las doctrinas tradicionales de la escuela, y, por esta aproximación precisamente, espera justificar su título de neoescolástica” (22).

Por otra parte reclama Mercier un diálogo intenso con todos los sistemas filosóficos. El tomismo se hará así una filosofía actual en la problemática, acrisolada por la confrontación de doctrinas, robustecida por la refutación de los errores dominantes, enriquecida por nuevas aportaciones de verdad, expansiva y conquistadora en el campo del pensamiento racional. Debe contar con los sistemas pretéritos (23); pero, sobre todo, es necesario tenerla en contacto con los contemporáneos. “Los neoescolásticos deben mantenerse en contacto con los contemporáneos. Averroes, Siger de Brabant, Pedro Oliva han muerto, pertenecen a la historia; pero Kant, Spencer, Comte viven todavía en los medios intelectuales contemporáneos y su espíritu está esparcido por todas partes en la atmósfera que respiramos. Daremos pruebas de tener bien poca fe en la solidez o en la eficacia de nuestras doctrinas si dudamos en confrontarlas con aquellas con que chocan al volver cada esquina del camino” (24).

Por consiguiente el tomismo no será nunca para Mercier un sistema definitivamente elaborado. “El pensamiento filosófico no es una obra acabada, es viviente como el espíritu que la concibe. No es, por tanto, una especie de momia sepultada en una tumba en torno de la cual nosotros tuviéramos que montar guardia; sino un organismo siempre joven, siempre en actividad, que el esfuerzo personal debe sostener, alimentar, para asegurar su perpetuo crecimiento” (25). Al lado del tomismo hecho

(21) *La Philosophie Néo-Scolastique*, l. c., p. 17.

(22) *Ibid.*, p. 18.

(23) “Nous nous réclavons de Platon, de Descartes, de Leibniz, de Kant, de Fichte, de Hegel, de Wundt, aussi pleinement peut-être et à coup sûr aussi sincèrement que ceux qui nous rangent dans un parti opposé à leur; si nous differons d'eux, c'est que nous n'excommunions de notre zèle à l'étudier aucun génie en raison seule de son époque.” *Les origines de la Psychologie contemporaine*, Louvain, 1899, p. 449.

(24) *La Philosophie Néo-Scolastique*, l. c., p. 17.

(25) *Le bilan philosophique...*, p. 320.

queda todavía el tomismo por hacer; en realidad el tomismo debe estar siempre haciéndose, desarrollándose, progresando. No puede estancarse, quedarse a la zaga de otros sistemas, mantenerse a la defensiva frente a otras voces con pretensiones de mayor modernidad; debe llevar la delantera en la inquietud y en las soluciones, siendo siempre el sistema integrador que se imponga a los espíritus de cada época como se impuso en el siglo XIII al salir, recién acuñado y al tanto de todo el saber de su tiempo, de la mente de Santo Tomás.

En breves palabras, la neoscolástica o el neotomismo, tal como lo concibió Mercier, es: *un sistema de filosofía pura; enraizado, con sentido de continuidad, en Santo Tomás, como epígono de la tradición filosófica; abierto a un progreso constante, de la mano de la experimentación científica y al ritmo de toda nueva problemática, y expuesto en lenguaje moderno.*

Tal nos parece ser la recta interpretación de aquella idea directriz que presidió la infatigable actividad de Mercier durante un cuarto de siglo al frente del Curso de Alta Filosofía de Santo Tomás, del Instituto Superior de Filosofía, de la *Revue Néo-Scholastique* y a lo largo de sus numerosos artículos y de su *Cours de philosophie*.

La concepción es compleja, arriesgada, casi utópica. La acentuación excesiva de cualquiera de sus factores puede dar lugar a un desequilibrio destructor de la misma filosofía tomista que pretende salvar. Pero mantuvo indudablemente un equilibrio maravillosamente armónico y operante en la mente de aquel hombre superior que llegó un momento a parecer como el árbitro universal de su época; a quien Benedicto XV pensó en hacer Prefecto de la Sagrada Congregación de Estudios Eclesiásticos, "ministro mundial de los estudios superiores católicos" (26). Y, si se pueden discutir algunos de sus puntos de vista como algunas de sus doctrinas, contemplando su obra a distancia de centenario y a la luz de las realidades de hoy, es justo reconocer que en él encontró la Encíclica *Aeterni Patris* uno de los intérpretes más clarividentes y uno de los propulsores más eficaces y que en buena parte a él debe el neotomismo, además del nombre, el haber quebrantado su encierro clerical y el ser hoy, en pleno siglo XX, uno de los sistemas filosóficos más actuales y avasalladores.

E. F.

(26) L. DE RAEMYAËCKER, *ob. c.*, p. 175, nota 267.